

África

y sobre todo los africanos han cambiado sus vidas. Les han enseñado a vivir al ritmo de la naturaleza, durmiendo cuando anochece y levantándose con el sol, aprendiendo a conversar con los ojos y las manos a falta de otros idiomas, sorprendiéndose cada día. Quizá por eso, quieren ellos también sorprendernos mostrándonos, con el mayor de los respetos, a pueblos de los que ni siquiera conocemos su nombre.

Teresa es una aguda observadora, capaz de encontrar las palabras que describen las experiencias vividas en aldeas de nombres cantarines. Juan lleva muchos años cargando con sus cámaras y hasta un increíble estudio fotográfico de invención propia. Ha aprendido a ser paciente para hacer sus fotos, procurando no violar la intimidad ajena. Hace poco fue elegido "Fotógrafo Español de Retrato del Año 1996". Ahora, intentan volcar sus experiencias en un libro.



Juan y sus amigos en el País Dogón.

Esto más que una entrevista, es una conversación en la cada uno ha ido interviniendo espontáneamente, llevado por la pasión que los temas tratados desatan.

—AireLibre: ¿Por qué África?

—Juan Echeverría: Porque está muy cerca, aquí al lado...

—Teresa Gumiel: Porque somos superafricanos. África es España hace sólo unos años. Los españoles le damos la espalda porque nos recuerda un pasado no muy lejano.

—A.L.: Pero, en los últimos tiempos pasan ustedes más tiempo en África que en España.

—J. E.: Es que en África siempre me he sentido como en casa.

—T.G.: Tanto es así, que le han llegado a decir que es un blanco con alma de negro.

Juan esboza una media sonrisa y vuelve a intervenir:

—J.E.: Y bien orgulloso que me puse cuando me lo dijeron. Es que es difícil explicar lo que siento. Como ejemplo, recuerdo una vez en Kenia, cogí un arco y una flecha y sentí que ya lo había hecho antes. Yo realmente creo que el origen del hombre está en África.

—A.L.: Pero el continente está cambiando mucho...

—T.G.: Es cierto, ya no es como era, ni tampoco como pretende ser. Viven una neocolonización. En las ciudades se pierden los valores de las aldeas, donde la gente es muy solidaria. Por

eso, en las ciudades africanas las cosas son complicadísimas. Cruzar una calle o una carretera puede significar jugarse la vida, porque no hay ningún tipo de respeto por el otro. Impera la ley del más fuerte.

—J.E.: Sí, es justamente lo contrario a lo que se vive en las aldeas, porque para los que viven en las grandes ciudades, el pasado es un desprestigio. Así, no conservan los viejos valores que regían la vida en el campo, ni tampoco tienen los que gobiernan las grandes ciudades europeas.

—A.L.: Y en medio de todo esto se encuentra la miseria, ¿cómo se enfrentan ustedes a ella?

—J.E.: En buena parte la miseria la generamos los europeos, la culpa es de los medios de comunicación que imponen formas de vivir ajenas.

—T.G.: Hasta hace poco los africanos no eran miserables, eran pobres que vivían con dignidad. Ahora se comparan con nuestro modo de vivir y se sienten miserables.

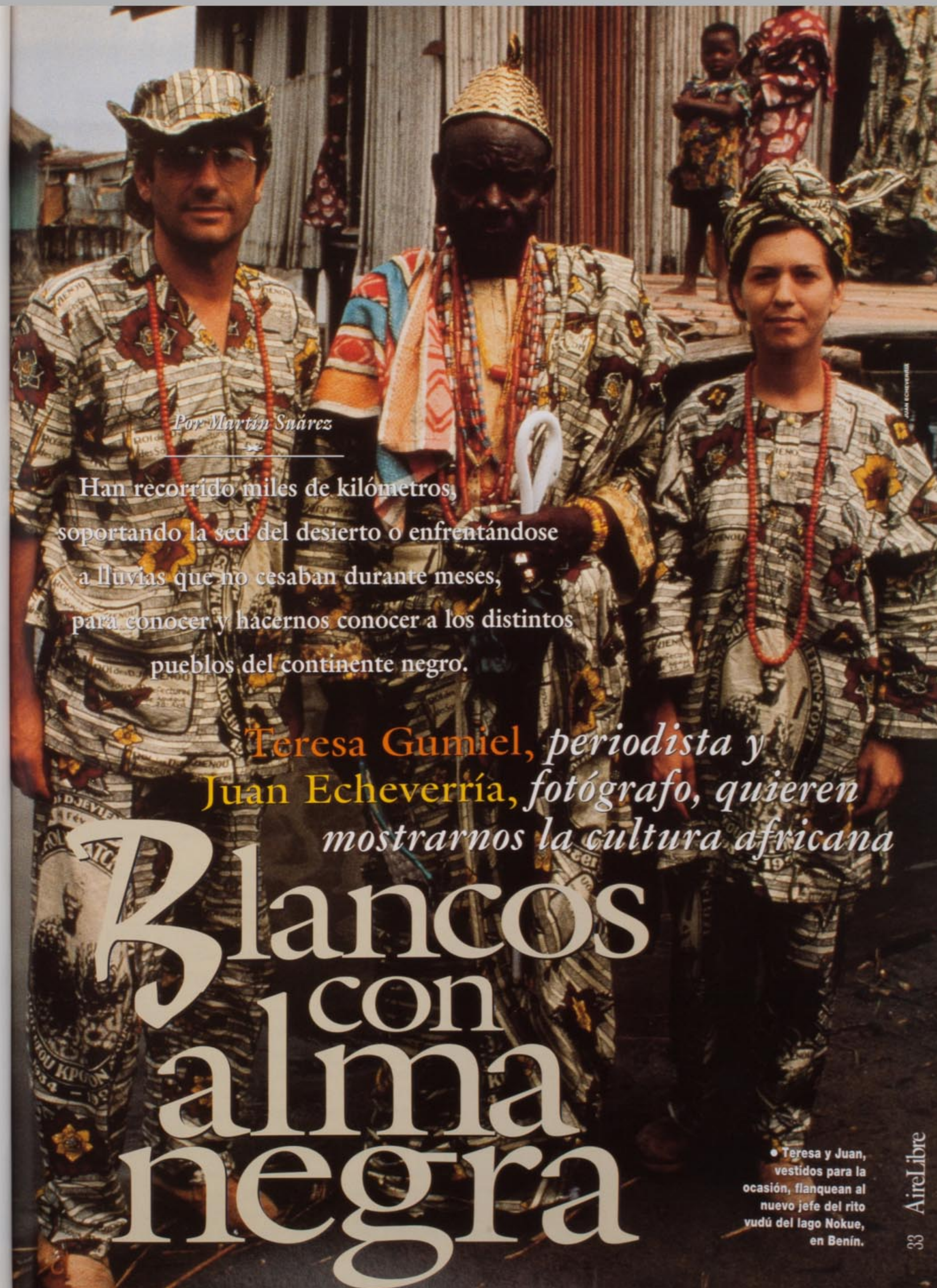
—J. E.: Ahora se sienten desgraciados y por eso abandonan su pueblo, en busca de la ciudad. Después piensan en venir a Europa y el primer paso es llegar a España. Quieren venir a Europa y nosotros no los dejamos.

—A.L.: Debe ser difícil moverse en ese ambiente...

—T.G.: Por supuesto, allí el hambre es real. Vas a comprar el pan y te esperan los niños para que les des un trozo. Recuerdo en Cotonou, en Benin, la pobreza era tal que los europeos no andábamos por las calles porque te rodeaba la gente pidiéndote. Todos los europeos se movían en coches y con las ventanillas subidas. Y la mitad eran miembros de ONG. Pero insisto, esto es en la ciudades. En las aldeas no, allí funcionan la solidaridad. Y cuando hay hambre no se muere sólo uno, mueren muchos. Y esto es porque se reparten lo que tienen y cuando llega el hambre, llega para todos. Y del hambre también tenemos la culpa los europeos. Antes una mujer tenía diez hijos, esperando que sobreviviera la mitad para que la cuidaran al llegar la vejez. Hoy los hospitales y vacunas hacen que sobrevivan todos los niños y no hay comida para tantos. Sé que es muy fuerte lo que digo, pero es así. También creo que las siguientes generaciones de africanas se adaptarán y no tendrán tantos hijos y se irá llegando al equilibrio.

—A.L.: Es difícil entender por qué vuelven, sabiendo las condiciones tan duras que se van a encontrar.

—J.E.: Por buscarle un sentido al trabajo que quiero hacer. Tenemos una



Por Martín Suárez

Han recorrido miles de kilómetros, soportando la sed del desierto o enfrentándose a lluvias que no cesaban durante meses, para conocer y hacernos conocer a los distintos pueblos del continente negro.

Teresa Gumiel, periodista y Juan Echeverría, fotógrafo, quieren mostrarnos la cultura africana

Blancos con alma negra

• Teresa y Juan, vestidos para la ocasión, flanquean al nuevo jefe del rito vudú del lago Nokue, en Benin.



Para conocer a la gente se necesita tiempo para charlar y también para jugar, como lo demuestran Teresa y el alcalde de una pequeña localidad mauritana.

imagen distorsionada de los africanos. Y yo, humildemente, quiero dar a conocer otra, quiero dar a conocer su parte cultural, humana... Sé que esta evolución de la que hablamos tiene que llegar, pero la gente tiene que sentirse digna. En la actualidad no se les ve como personas.

—T.G.: África te atrae porque te enseña cosas constantemente, te sorprende cada día, te alimenta, te enriquece...

—A.L.: *¿Cómo se entienden con la gente?*

—J.E.: Cuando mejor me entiendo, es cuando menos me entiendo hablando.

—T.G.: Fuimos felices en Benín, en la zona tatasomba. Éramos huéspedes de una familia que no poseía la tierra, pero habían plantado un baobab. El árbol era suyo, y también sus riquísimos frutos, nos invitaron a acampar a su sombra. No sé cómo nos entendíamos. Por las tardes, Juan iba a hacer sus fotos y yo me quedaba leyendo a la sombra. Entonces venía una de las niñas de la fami-

lia y charlábamos. Me explicaba que iba a cazar con su padre al bosque, hablábamos mucho. Es que el africano es un comunicador nato.

—J.E.: Si, son grandes comunicadores y funciona el lenguaje universal de los gestos.

—T.G.: El africano se comunica con lo más sencillo.

—J.E.: Es que su riqueza está en poder vivir en la naturaleza y de la naturaleza. Aquí, nosotros no vemos más allá porque no vemos el horizonte. No sabemos cuándo va a llover, allí eso se huele.

—A.L.: *¿Y en medio de este mundo tan natural, cómo entra la fotografía?*

—J.E.: Creo que en este momento ya se conoce. Hoy una cámara no es algo tan raro. Años atrás era otra cosa. A mí me hubiera gustado haber sido explorador en el siglo pasado. Ahora, se trata de ejercitar la paciencia, aunque yo a veces la pierdo, para poder llegar a un momento en que o bien no piensen en que yo estoy ahí

con mi cámara o se presten a posar.

—T.G.: Hay que hablar con ellos durante muchos días para conseguir que posen.

—A.L.: *O sea que cuando se llega a la foto es como consecuencia de una relación...*

—J.E.: Si, se trata de un intercambio en el que nosotros también despertamos su curiosidad.

—T.G.: Yo me acuerdo de los dogón, ellos tienen una sociedad ancestral muy peculiar, pero parece que vivieran en un escaparate al que continuamente se acercan los turistas. Pero ellos siguen siendo polígamos, muy machistas... Por las tardes íbamos con los hombres a la casa de las palabras y cuando les contábamos sobre nuestra sociedad, se reían muchísimo. Les parecía increíble que la poligamia estuviera prohibida, que al divorciarse el marido le pasara una pensión a la mujer. Vamos, que se traían un cachondeo con nuestra forma de vivir...